

Pregón del Corpus 2017

Vuelve la fiesta, nuestra fiesta. Uno y otro y otro año vuelve el día en el que la ciudad de Toledo se abre hasta llenarse, hasta quedar completa y plena, y muestra su mejor cara, toda ella engalanada con sus mejores prendas. Ante todos se presenta con el suelo y el cielo perfumado de primavera, las fachadas adornadas, las flores al sol de la mañana y aparecen todos sus vecinos con las vestimentas que mejor permiten mostrar, a cuantos se acercan, que es el día más grande de la ciudad, de nuestra ciudad. Es el día en que sale por las calles de Toledo la procesión del Corpus Christi.

Nuestra ciudad se describe a partir de algunos tópicos, constantes descripciones recurrentes que intentan en pocas palabras expresar lo que con más intensidad se queda dentro de nuestros visitantes: Así, Toledo responde a la imagen de una ciudad medieval, con un caserío abigarrado en un urbanismo sinuoso, casi un juego de laberintos en el que las calles siempre están en cuevas empinadas. Algo de esto hay, es cierto, abundan las calles retorcidas y las cuevas, aunque los toledanos, por aquello del uso diario, apenas lo apreciamos.

Lo que sí apreciamos es la belleza de sus monumentos, salpicados por todo el recinto antiguo y en sus inmediaciones. Y en el borde del recinto, también disfrutamos del encanto de las colinas escabrosas que se precipitan sobre el Tajo encajonado, logrando magníficos encuadres de piedra y agua para enmarcar un caserío de por sí admirable. Nos sentimos parte de un espacio urbano en un marco de paisaje donde el protagonismo lo tiene un patrimonio reconocible por todos como cercano, como propio, aunque nos llegue desde el pasado remoto. Espacio, paisaje, callejero y patrimonio unidos en una imagen que también todos describen y alaban y que constantemente intentan capturar en sus fotografías. Miles y miles de imágenes captadas cada día que reparten por el mundo estampas de nuestra ciudad. Con ellas intentan ayudar a la memoria para fijar los detalles, las panorámicas, las escenas urbanas, los monumentos, los rincones, las mil formas y colores de una ciudad muy bella. Solo algunos lo consiguen y tenemos la suerte de que hoy mi amigo David Blázquez, uno de los mejores testigos gráficos del arte, y siempre generoso, nos permite disfrutar de su obra proyectando una selección, que seguro que hará más

amena esta intervención.

Esta ciudad es laberíntica, de recorrido difícil, es cierto, pero eso ayuda para sorprenderse con los descubrimientos constantes de nuevas estampas de belleza. Y en esta ciudad de sorpresas detrás de cada esquina se pone el broche de oro una vez al año, se vuelca el esfuerzo y la participación de todos para lograr impresionar todavía más a los visitantes, a los propios vecinos, a los fotógrafos, y a todos los afortunados que de algún modo participan, dentro y fuera del desfile del Corpus Christi, como actores o como espectadores activos.

Todos los años se saca en procesión al Santísimo Sacramento, se le presenta contenido en la custodia, la mejor joya viajera que se ha hecho nunca en toda la cristiandad, mandada construir por el arzobispo Francisco de Cisneros en los inicios del siglo XVI para contener otra, de menor tamaño, donada pocos años antes a la catedral por la reina Isabel. Fue creada para mostrar que en la Sagrada Forma está Cristo Sacramentado, dispuesto a recibir las muestras de admiración y devoción de quienes esperan su paso por las calles de Toledo. Estas calles, con las que me unen unos lazos de afecto personal y familiar, atesoran una riqueza que hoy, apenas en unas notas muy resumidas, intentaré mostrarles.

En la calle del **Cardenal Cisneros** se inicia el cortejo. Es la salida de la procesión desde el templo, desde nuestra catedral primada de Santa María, y sale por la Puerta Llana porque es la única en la que se enrasan el pavimento ajedrezado de mármol blanco y negro del interior y el adoquinado granítico de las vías principales de la ciudad. Es quizá de la Catedral la puerta que más se distancia del estilo dominante del templo. No se confunde con estilos anteriores, se asienta poderosa, sólida y aplomada en el costado sur de la catedral proclamando que fue hecha en el Neoclásico, al estilo de los templos griegos, con sus pilares, sus columnas y el frontón que lo remata todo, en sólido y voluminoso granito de aspecto inamovible. Antes de que se levantara esta puerta su fácil acceso a vehículos le daba otro nombre, puerta de los Carretones, y del mismo modo llamaban a la calle.

Es la de trazado más largo de las que rodean a la catedral, y para construir el templo, alinear e igualar la calle y conseguir que fuese espaciosa se reformó el barrio medieval que aquí hubo. Allí parece que se situaban dos barrios pequeños, el de los herbolarios y el de

los orífiles. Nada mejor que su recuerdo para que cada año la calle se cubra con hierbas olorosas y flores multicolores, sobre las que pasear la joya de la custodia, hecha en su parte interior, en su viril que fue de la reina, con los primeros oros de América.

Con el tiempo los principales cargos eclesiásticos de la catedral fueron buscando aposento en esta calle, por la comodidad de su cercanía al templo. Antes que la actual Audiencia, la casa primera de la calle fue Casa del Deán, y cerca estaban la casa del Arcediano y la cárcel eclesiástica.

Andando la calle, en el templo se abre otra puerta que da acceso al crucero, en el punto opuesto a la puerta del Reloj. Es la puerta de los Leones, hermosa y delicada, con esculturas en el parteluz y en las arquivoltas góticas, y una imagen de la Virgen en su tímpano; toda la portada está protegida por una rejería apoyada en columnas rematadas por leones, que le dan su nombre. Se abre en raras ocasiones y, tanto por su casi inexistente uso como por la protección que ofrecen sus rejas, se ha transformado en un espacio codiciado por los floristas que colaboran en los adornos del día del Corpus, y buscan espacios destacados en los que hacer alarde de su oficio. Es uno de los puntos que provoca la parada de los viandantes, que quedan admirados de las muchas flores y plantas que adornan la carrera procesional, probablemente el adorno floral continuo más largo del mundo.

Pasada la puerta de los Leones la calle pierde su rasante, y baja rauda y se quiebra y se requiebra en un zigzag sinuoso que, sin perder el nombre, sin embargo, hace que esta última parte de la vía no parezca la misma, su carácter tan distinto la haría merecedora de otro título; pero así se llama en los papeles del Ayuntamiento y así seguirá. En tiempos el último tramo se nombraba como el paraje de la Cerería, por encontrarse esta dependencia catedralicia en lo alto de su esquina final. Todavía se ven bajo sus ventanas las estructuras enrejadas donde se colgaban las velas de sus propios cabos. Allí se ponían al oreo para secar y endurecer la cera tras licuarse en calderos puestos a la lumbre. Con ello se formaban nuevas velas y cirios para iluminar el templo y ofrecerse en sacrificio.

A la mano derecha hemos dejado una bocacalle con atractivo propio. Es el **callejón de San Pedro**, un adarve de los muchos que perduran en el recinto histórico y que en este caso ha conseguido

que sus vecinos se unan para embellecerlo aún más de lo que ya logra su propio y peculiar aire medieval. También abren sus patios al público, ofreciendo un espectáculo de belleza en el que lo más destacado es, desde mi punto de vista, su generosidad, puesto que ofrecen a todos su tiempo y sus esfuerzos sin otra compensación que la gratitud y la admiración de los viandantes. Esta generosidad se ha visto reforzada y completada con la mejora de pavimentos, fachadas y luces gracias a la colaboración del Consorcio.

El siguiente e inmediato tramo por el que seguirá la procesión tiene nombre sonoro y también famoso, aunque no haya sido recogido en el nomenclátor municipal, llegamos a **Los Cuatro Tiempos**. Un punto de encuentro de la calle del Cardenal Cisneros con la bajada del Barco y con la calle de San Justo, así llamado porque un establecimiento allí situado decoró su fachada con unos frescos alegóricos de las cuatro estaciones. El nombre, como tantos otros que utilizamos los toledanos al margen de la toponimia oficial, tiene tanta sonoridad como arraigo y perdurará a pesar de la ausencia de placa que lo oficialice o, incluso, a pesar de la ya lejana desaparición de los frescos que lo originaron.

Para seguir bajo la protección del templo catedralicio, siempre a su vera, giramos a la mano izquierda y empezamos a subir. Hasta ahora, el llano de la Puerta Llana y la bajada final de la calle Cardenal Cisneros permitían un desplazamiento sin esfuerzo. A partir de ahora, el camino será menos fácil; el itinerario que sigue por esta calle discurre en parte por una vaguada natural que desemboca en el río, y las vaguadas siempre están en cuesta. El camino de la procesión, con algún cambio de dirección, constantemente asciende casi sin solución de continuidad hasta la plaza de Zocodover. Si a la topografía sumamos las vestiduras tupidas, casi sólidas, muchas de ellas oscuras y pesadas, de quienes participan en la procesión, encontraremos mayor mérito aún en tantos devotos que acompañan al Santísimo en su día; días en los que la primavera toledana suele ofrecer jornadas calurosas con facilidad. No, no es fácil salir de procesión en Toledo.

El inicio de la cuesta coincide con la **calle de Sixto Ramón Parro**. Quien haya deseado conocer algo mejor los méritos históricos o artísticos de Toledo habrá pasado obligatoriamente por la lectura de su obra *Toledo en la mano*, que este abogado toledano, nacido en Villacañas, publicara a mediados del siglo XIX. Sus dos tomos siguen siendo de consulta obligada, pues la riqueza de datos y el

rigor de su investigación los mantienen de actualidad. Antes de que se le dedicara la calle, este tramo y sus cercanías tuvieron otros nombres, vinculados al comercio especializado de alimentos cotidianos que hoy nos parecen poco atractivos; fue calle de la Tripería, junto al barrio de la Conejería, desaparecidos por reformas catedralicias. Un corto tramo de ascenso nos permite ver, a la mano derecha, la portada gótica de la Posada de la Hermandad. Un edificio monumental y noble, hoy dedicado a usos municipales, que mantiene presente la memoria de esta institución, primera que asumió la responsabilidad de vigilar caminos y despoblados entre las ciudades de Toledo, Talavera y Ciudad Real. Siguiendo su modelo se creó un cuerpo de seguridad rural hoy muy admirado, la Guardia Civil; que participa en el desfile procesional abriendo la marcha.

Casi frente a la puerta de la Hermandad, aunque difícil de ver por la proximidad del caserío, está la estructura más militar de nuestra Catedral, la coronación de la capilla de Santiago. Está rematada a modo de castillo almenado, como una pequeña fortificación con garitones esquineros, almenas y saeteras que rinde homenaje al que fuera maestro de la orden militar de Santiago, don Álvaro de Luna, enterrado con sus familiares en la capilla así cubierta. Detrás de estas almenas nadie se ha parapetado nunca, puesto que no hay acceso a esta curiosa y única cúpula almenada dentro de nuestra ciudad.

La calle de Sixto Ramón Parro nos lleva hasta la **plaza Mayor**, aunque muchos toledanos desde tiempo atrás la vienen nombrando como plaza del Mercado. A pesar de su nombre, no es la mayor; tampoco la que acoge la presencia de instituciones relevantes de la ciudad. En esta plaza los toledanos durante siglos han conseguido recibir los cuidados necesarios tanto para su cuerpo como para su buen ánimo. Aquí han estado desde antiguo y continúan en la actualidad el mercado de abastos y nuestro principal salón de espectáculos, el teatro de Rojas; en su comienzo compartieron instalaciones, hasta que se amplió la Casa de Comedias a costa del Mesón de la Fruta, que estaban unidos.

Si el mercado actual es de líneas sencillas tanto al exterior como al interior, el teatro presenta una fachada discreta que guarda en su interior una auténtica y preciosa joya histórica y artística de primer orden que estamos disfrutando hoy. Un espacio excelente gestionado como merece por un equipo también excelente.

Otro costado de la plaza Mayor lo cierra la reforma que en la Catedral se hizo a caballo de los siglos XVI y XVII, para mejor acoger algunas dependencias administrativas alrededor del patio y vivienda del Tesorero, también para darle más espacio a la impresionante Sacristía y levantar el Ocho relicario. El muro exterior de cierre de esta parte de la Catedral es, como otros muchos tramos del perímetro del templo, un muro ciego y liso. Un espacio ideal para que los doctorados en Santa Catalina, el primitivo colegio universitario toledano, proclamasen allá por el siglo XVI su logro académico con una pintada de almagre con su acróstico. En definitiva, una pintada sobre un monumento de primer orden que, por aquello del tiempo pasado y de la categoría de los universitarios protagonistas, hoy nos parece un valor histórico de justificada conservación... aunque ahora sea una gamberrada.

Frente a la fachada del Teatro está la trasera del Hospitalito del Rey, rehabilitado y a la espera de uso, en cuyos bajos abiertos a la plaza se situó la Red del Pescado. En el resto de la plaza se organizaban los puestos de venta para carne, pan, caza, y las frutas y verduras de todo tipo de la huerta toledana. Supongo que los hortelanos, único gremio antiguo que hoy participa en la procesión, abriendo el paso de las cofradías, encontrarán estos parajes muy cercanos y a su propia historia.

Sigue la procesión por un corto tramo de la **calle Tornerías**, en su parte final y más baja, una de las arterias comerciales de la ciudad que siempre fue la mejor vía para conectar la plaza Mayor con Zocodover.

El itinerario procesional nos obliga a girar casi de inmediato a nuestra izquierda, para entrar en la **calle de Martín Gamero**. Don Antonio fue otro abogado toledano enamorado de su ciudad, a la que dedicó el esfuerzo de revisar su pasado con rigor hasta publicar su monumental *Historia de Toledo*. También obra publicada en el siglo XIX, como la de Parro, y también excelente trabajo todavía de lectura recomendable. Su amor por la ciudad tuvo, sin embargo, una consecuencia incómoda para historiadores y estudiosos: en su relato de nuestra historia y tras el traslado de la Corte ordenado por Felipe II, vino una decadencia que Gamero no fue capaz de aceptar, y dio fin a sus investigaciones. Y dejó sin contar lo que mejor hubiera podido hacer, aquello que estaba más cercano a él y mejor documentado.

La calle, como otras en el centro del recinto histórico, como la

pasada de Tornerías y la siguiente del Comercio, está llena de abundantes solares de breve fachada y mucha profundidad, espacios apropiados desde la Edad Media para ofrecer una diversa actividad comercial en épocas en que no existía la necesidad de escaparates amplios que ahora aceptamos como imprescindibles. La vida comercial en estos numerosos establecimientos era rica y variada. Como otras muchas calles de nuestro recinto histórico, tiene más viviendas vacías de lo que sería deseable, pero este es tema para otra ocasión.

La calle de Martín Gamero desemboca en la **plaza de las Cuatro Calles**. Esto de las plazas en Toledo merece algún apunte, aunque sea rápido. En Toledo, plazas, plazas, plazas de verdad hay algunas, aunque no muchas. Mi infancia pasó en una rinconada que, pretenciosamente, llamábamos plazuela, en la parte alta de la calle de la ciudad. Cualquier espacio algo mayor que un encuentro de calles pasaba automáticamente a ser plaza. Algo peculiar debía de pasar a todos los toledanos del recinto histórico, pues si no, es imposible aceptar que se entiendan como plaza espacios como la del Pozo Amargo, la de Abdón de Paz o esta misma de las Cuatro Calles, que, en realidad son poco más que simples cruces de calles, en algún caso ensanchadas para facilitar la vida comercial. Pero como es imposible volver atrás en nuestra toponimia, esta es y seguirá siendo la plaza de las Cuatro Calles. El nombre está perfectamente adecuado a la realidad de encontrarse con cuatro calles de posible salida cuando uno entra por cualquiera de las cinco calles que la plaza tiene. La idea quizá no esté muy bien afinada, pero es el único modo que se me ocurre para explicar el nombre.

Algunos estudios sugieren que la plaza ganó algo más de espacio y mérito por el derribo de una parte de la manzana que separa la calle del Comercio de Corderías, edificio que antes penetraba y ocupaba el centro del espacio. Como protagonista absoluto de la estética urbana en la plaza está la fachada de estilo neo mudéjar más decorada de cuantas se reparten por Toledo, pues si lo habitual es resolver el neo mudéjar con ladrillo, quizá cubierto con un enfoscado neutro, aquí sobre fondo rosado se ha adornado con abundantes yeserías que destacan con claridad sobre el fondo. Esta casa y el resto de las que componen la plaza resultan muy lucidas a la hora de engalanarse para recibir a la procesión, pues sus vecinos cuelgan en ventanas y balcones los mejores mantones de Manila que guardan en arcones, además de flores abundantes.

Cuentan con la ventaja de la luz, pues es plaza luminosa a pesar de su tamaño reducido, y con el mérito de que en ella tienen vivienda algunos toledanos siempre esforzados para que nuestro jueves de Corpus siga reluciendo más que el Sol.

La procesión gira a su mano derecha y encara la subida, relativamente suave, por la principal arteria que en la historia de Toledo ha dado vida y espacio al comercio, la **calle Ancha**. Oficialmente, claro está, su nombre es otro, es la **calle del Comercio**, en tributo a la actividad de la zona, todavía con impulso para ofrecer bienes y servicios. Aunque los tiempos cambian, y hoy, los productos que ofrece al paso de los visitantes están más pensados para turistas que para vecinos, pues la oferta dominante en esta vía intenta vender recuerdos a nuestros agitados turistas, con tiempo escaso para callejear en las muchas visitas de un día con las que se enseña nuestra ciudad, o, por mejor decir, se quiere enseñar. Del comercio tradicional muy pocos locales mantienen la actividad; y de la artesanía toledana tradicional, también cada vez hay menos, aunque abunden los locales. Parece el signo de los tiempos, aunque hay que confiar en que mejore. Es una calle larga y, hasta que se llega a su final no se entiende el nombre de calle Ancha que usan los toledanos de modo invariable. Su bocacalle en Zocodover es ciertamente la más ancha de las que salen de la plaza, y ahí se explica su nombre.

Decir **plaza de Zocodover**, para cualquier toledano de cierta edad, es decir palabras mayores. En mi caso guardo el recuerdo de que en ella nació mi padre y allí mi abuelo tuvo su casa y su negocio de ferretería. De ambos heredé nombre y apellido y afición por las cosas del patrimonio histórico. Fue la principal plaza de mercado para tratos de ganado, de productos perecederos libres de tasas en el mercado semanal del martes y escenario de los principales actos de la ciudad. Y siempre, plaza donde dejarse ver, hacer un paseo agradable, espacio donde amigos de todas las edades se buscaban pues allí se producía el encuentro, allí se unían el espacio y el tiempo de compartir la amistad. Todavía se mantiene su uso como importante espacio público, para paseos y encuentros.

La procesión, como es propio de todo lo toledano en esta plaza, también se relaja y se detiene un tiempo en Zocodover, para ver y dejarse ver por los demás. Si la plaza Mayor es la plaza del cuerpo toledano, Zocodover es el corazón de la ciudad, el espacio que durante siglos ha marcado el pulso de la vida a los vecinos. Y esto

hace el arzobispo de Toledo en cada procesión, allí detiene a la magnífica custodia, y se presenta el viril con el Cuerpo de Cristo para adoración de los devotos. Para ello no hay mejor marco que el hueco abierto por el Arco de la Sangre, que ilumina y recorta contra el cielo a la custodia desde atrás, arco que sostiene sobre él la capilla de la Sangre de Cristo, desde cuyo balcón se ofrecía misa a los toledanos en sus días de mercado. Bajo el arco y junto a la custodia habla el arzobispo y ofrece su magisterio a los asistentes a la procesión, en un sermón que adoctrina y difunde la vivencia religiosa del día.

Terminada la homilía se sigue el camino, ya de retorno al templo, dando la vuelta en la plaza cuajada de adornos, para salir por la **calle de la Sillería**. Entre la cercana calle de las Armas y ésta donde vendían las sillas de montar, se proveían los caballeros hidalgos de los medios imprescindibles con los que demostrar su categoría. Aunque, si recordamos al hidalgo toledano al que servía Lázaro de Tormes, parece que el caballo no era tan necesario. Tras un giro a la izquierda, en la calle se conservan algunas buenas casas de antiguas familias nobles, con patios recoletos y encantadores. Y alguna, transformada en centro de salud, muestra todavía los espectaculares pavos de yesería que decoraron un antiguo salón mudéjar. Pronto se llega a otro ensanche que se llama **plaza de San Nicolás** por la iglesia parroquial que la flanquea, y tras ella se inicia el tramo de la calle de Alfileritos.

Durante muchos años he tenido el privilegio de disfrutar del paso de la procesión en la **calle de Alfileritos**, en la casa familiar de mi esposa. Toda la familia y amigos invitados esperaban a la procesión a pie de calle, cubierta su fachada con algunas sillas desde primera hora; sin embargo, mi suegro Eliseo y yo veíamos la procesión desde el mirador del salón, muy por encima de la calle. La cuesta de entrada en la calle de Alfileritos resulta ser un escenario singular, al menos en lo que me afecta personalmente. Desde nuestro punto privilegiado siempre nos sorprendía el brillo de la custodia cuando entraba en la calle y recibía sobre su costado un rayo de sol capaz de sacar todos los brillos que con esmero había preparado Enrique de Arfe. La luminosidad repentina sobre fondo oscuro, bajando el tramo de cuesta al final de la calle Sillería, que la lleva hasta el llano de la calle de Alfileritos, es un espectáculo que he tenido muchas ocasiones de disfrutar. También, la cercanía de la custodia al paso junto al mirador, casi al alcance de nuestra mano, nos ha dado motivos para sentirnos privilegiados.

Terminaa la calle de Alfileritos en un repecho para ascender hasta la **plaza de San Vicente**, donde vuelve a quedar abierta a la luz del sol, aunque los toldos de todo el recorrido también aquí cumplan su función de proteger y cubrir la Sagrada Forma. En el plano ésta sí que es una plaza de verdad, aunque sus distintos niveles y líneas de tránsito diferentes hagan que el uso sea más propio del cruce de varias calles distintas, con poco espacio en común. Pero tiene hechuras para que en ella se acumulen gentes por los cuatro costados, colmatando los distintos niveles y pretilos que componen la plaza. El escenario de fondo de la plaza lo componen monumentos destacados: la iglesia mudéjar de San Vicente, frente a ella la capilla conventual de las Gaitanas y entre ambas el palacio universitario neoclásico que erigió el cardenal Lorenzana tras derribar las casas que fueron sede del tribunal de la Inquisición. Por encima del gentío que aquí se amontona, pues es lugar privilegiado para ver la procesión, destaca el palenque que la Universidad levanta cada año, estructura de madera con forros entelados que, con cierto aire medieval, contribuye a la decoración de la carrera procesional y a facilitar una visión cómoda para los miembros de la Universidad que no desfilan. Y allí acogen a sus invitados, que deben sentirse tan privilegiados como yo me sentía en el mirador junto a Eliseo.

Sale la procesión por la **calle de Jardines**, a la que sigue la **calle Alfonso X El Sabio**, formando entre ambas otro tramo largo y recto, como el que forman Alfileritos con Sillería o por sí sola la calle del Comercio. En los balcones de estas calles están mis primeros recuerdos de la procesión, primero porque la veía desde el mirador en la esquina de Jardines con Navarro Ledesma, en la casa de mis tíos, cuando no tendría yo más de cuatro años; los años siguientes desde los balcones de las oficinas de la Delegación de Hacienda, pues allí trabajó mi padre hasta su jubilación.

Y llegamos a otro ensanche que es plaza gracias a un pequeño jardín que la complementa, la **plaza del Padre Juan de Mariana**, en homenaje al erudito jesuita que en tantas ocasiones la cruzó para asistir al templo de la Compañía de Jesús, que preside este espacio. La iglesia de San Ildefonso es una iglesia magnífica, con su graderío de acceso, su fachada adornada con tallas de santos y mártires de la Compañía y rematada con dos torres que se levantan sobre el cerro toledano. Desde ellas se domina el caserío y alrededores de la ciudad, en una vista panorámica excepcional.

Este espacio en el que se ha cuidado tanto el efecto escénico es ideal para recibir una muestra más de las ofrendas florares que se encadenan en el recorrido.

Sigue la **calle Alfonso XII**, en la que destaca uno de tantos hallazgos del patrimonio oculto durante siglos, la recuperada portada mudéjar en su rinconada, con adornos de cerámica vidriada que hoy permite acceder a nuestra Universidad y que en tiempos formaba parte del convento desaparecido de Madre de Dios. Frente a ella abre su entrada el callejón de Jesús y María, que debe su nombre a otro convento de clausura, también destinado hoy a otros usos. Toledo presumía de ser detrás de Roma la ciudad que más conventos ofrecía a monjas y frailes que se acogían a la vida reglada en clausura, para dedicarse con mayor empeño a la oración y la adoración de Dios. Es probable que alguien haya hecho el repaso de los que nos quedan para actualizar la comparación, yo no, pero me temo que este rasgo esté completamente superado, pues el ritmo de cierre de conventos aumenta de forma tal que hay que presagiar una pronta desaparición de una de las características más propias de nuestra ciudad. El patrimonio que han atesorado durante siglos en el recinto histórico, con importante participación de los devotos toledanos, debería seguir formando parte del tesoro que Toledo ha custodiado a lo largo de su historia. Urge actuar en defensa de nuestro patrimonio mueble e inmueble, en doloroso trance de dispersión o de abandono por el cierre de tantas congregaciones.

Tras dejar a mano izquierda la placa que señala que allí hubo una cárcel para gente honrada, a media calle hay otro ensanche con jardincillo, la **plaza de Marrón**, por un canónigo que aquí vivió en tiempos, en lo que luego fue colegio de los Hermanos Maristas hasta su traslado a Buenavista. A la sombra de unos plataneros puso la Real Academia una placa en recuerdo de su fundador y primer director, Rafael Ramírez de Arellano, en la fachada de la que fue su casa; un cordobés que como tantos forasteros se asentó en Toledo y se transformó en toledanista, uno más de los que se han terminado entregando por entero a esta ciudad.

El final de la calle Alfonso XII enlaza con la **calle de Rojas**, familia en la que destaca uno de sus últimos miembros residentes en Toledo, el conde de Cedillo que escribió a finales del siglo XIX la primera guía turística sólida y rigurosa de nuestra ciudad, pensada para los primeros turistas y publicada en dos idiomas, español y

francés. Un auténtico tratado de historia del arte local. En la calle frontera de la casa noble de los Rojas todavía se conservan dependencias del colegio de San Bernardino, otro antecedente de nuestra Universidad, para mi generación un lugar de referencia para la vida nocturna.

La procesión sale de las estrecheces de la calle de Rojas para abrirse en la **plaza de El Salvador**, a la que da nombre la iglesia parroquial del mismo nombre, hoy magnífica tras la restauración, gracias a la que destaca su torre, con decorativos frisos visigóticos; en su interior guarda pilastras talladas de la misma época y restos de una mezquita ahora visitables. La plaza, como tantas, es más un cruce de cinco calles que un espacio creado exprofeso.

Aquí el cortejo se obliga a dar un giro a su izquierda, el más pronunciado de todo el itinerario, pues supera los tres cuartos de círculo, para iniciar la última cuesta del recorrido, la subida de la **calle de la Trinidad**, así llamada en recuerdo del convento de frailes trinitarios calzados que hubo hasta la Desamortización. El acceso a la calle pasa bajo uno de los pórticos decorados con abundante vegetación, compañero de otros que se levantan en el recorrido; conservan la tradición de las construcciones de arquitectura efímera que adornaban en el pasado algunos espacios urbanos el día del Corpus. Sobre las ruinas del convento vemos hoy un jardín arbolado con suelo empedrado y enlosado. Salvo el gran templo, con trazas diseñadas por Jorge Manuel Teotocópuli, todo el convento desapareció después de años de abandono y ruina, explanado por el Ayuntamiento y aprovechado su solar para edificar en una parte su flamante Archivo municipal. Aquí sí que se creó una plaza, que el nomenclátor municipal nombra como **plaza de la Reina Juan I de Castilla**, recordando que fue bautizada en la vecina parroquia de El Salvador, aunque pocos toledanos la reconocen como tal.

Destacan en la fachada izquierda de la calle Trinidad varias casas buenas, palaciegas, algunas muy transformadas para usos actuales. La que mejor mantiene su carácter de sólido edificio barroco es el palacio de las Infantas, donde, que se sepa, jamás habitó ninguna. El nombre obedece al apellido de uno de sus propietarios, en tiempos famoso canónigo en nuestra catedral. Hoy acoge algunas dependencias diocesanas, como las dependencias destinadas a su radio y televisión.

Al paso de la bocacalle de Jesús y María, todavía algunos añoramos el espectáculo de la salida de la custodia, cuando la procesión todavía por aquí transitaba, que por la estrechez del callejón solo era visible para las vecinas monjas de clausura que aquí estuvieron. La congregación buscó nuevo solar fuera de la ciudad y el edificio se adaptó para sede del Archivo Provincial con buen criterio. Linda con oficinas de la Junta de Comunidades, antiguo palacio de los condes de Oñate, del que conserva la portada, se adorna con un rosal, una planta hermosa que merece ser monumento por sí misma. En su interior los salones fueron sede de todo tipo de instituciones, incluidos colegios y lugares de recreo que han dejado en su patio el escenario de un pequeño teatro; se decora con un friso de buena cerámica con curiosos motivos de la Fábrica de Armas. Frente a esta fachada está el muro de cierre del Palacio Arzobispal, con la capilla en la que se expone permanentemente el Santísimo.

A todo lo largo de la calle de la Trinidad proliferan los locales de venta de objetos turísticos, lo que sucede también en la calle del Comercio, en Cardenal Cisneros y otras cercanas, como en las proximidades de otros monumentos destacados de la ciudad.

Finaliza esta calle en el encuentro con la calle del Nuncio Viejo y la del Hombre de Palo. El hospital de Inocentes, para niños y dementes recogidos por caridad, fundado por el nuncio papal don Francisco Ortiz, tuvo su sede en la calle del Nuncio, cerca ya de la plaza de los Postes. Por el mayor tránsito de la zona cercana al claustro pusieron sus administradores en la esquina baja de la calle un limosnero, una figura en madera con un cepillo donde recoger las monedas, las limosnas que ofrecían las gentes caritativas. Con ellas se costeara en parte al sustento de los enfermos y necesitados acogidos en el hospital. Por tener este limosnero la forma de un hombre, parecido a los monaguillos de madera que todavía cumplen esta función en alguna iglesia, dio nombre a la calle cercana, la calle del Hombre de Palo, puesto que la de Nuncio ya tenía nombre. Y después del nombre, vino la leyenda, y la memoria legendaria de Juanelo Turriano se alejó de su domicilio y enterramiento, allá por el convento del Carmen, y le vinieron a instalar con sus achaques, su pobreza y su autómatas en algún lugar cercano a las limosnas generosas de la catedral y del arzobispado.

Bordeando el Palacio Arzobispal, en el tramo en curva y cuesta de la última parte de la calle Trinidad, la procesión se reencuentra con

la fachada de la catedral. Hubo aquí un activo barrio comercial, el Alcaná, hasta que un incendio permitió al arzobispo Tenorio poner en marcha su proyecto de claustro, con la compra a buen precio de las casas arruinadas en la quema. En este barrio comercial Cervantes, según él mismo dejó escrito, compró barato el texto arábigo de lo que, traducido y enmendado, formó su inmortal novela con la historia de Don Quijote. Se cierra el claustro catedralicio con muros imponentes, fronteros a la señorial fachada del palacio arzobispal, unidos templo y palacio justo al pie de la majestuosa torre por un arco con el que comunicar ambos edificios, un paso por el que el arzobispo toledano puede asistir a los oficios catedralicios sin necesidad de pisar la calle, nombrada por ello **calle del Arco de Palacio**. Como las restantes fachadas de la catedral, sus muros se decoran este día con elementos de una excepcional singularidad, tapices decorativos que son auténticas joyas en tela y seda, que muestran la riqueza de un patrimonio catedralicio espectacular, capaz de ofrecerse en las calles toledanas en su día más grande.

Pasado el arco, la puerta y la torre, la majestuosa torre campanario, inspiración de la custodia, entramos en la tercera plaza importante que la procesión atraviesa. Es la **plaza del Ayuntamiento**, diseñada y creada mediante el derribo de una manzana que hubo en su centro para que mejor lucieran tanto la fachada de la catedral como la del Ayuntamiento, casi afrontados en dos de sus laterales. En los otros dos están el palacio arzobispal, algo menos adornado, aunque obra de Alonso de Covarrubias, y la sede de la Audiencia Provincial, salvada de la sencillez extrema gracias a una portada gótica que está allí de prestado, pues no se construyó para esta casa. No podía ser mejor ni más trascendente la suma de instituciones relevantes de la ciudad en un solo espacio urbano. Podemos decir, para rematar la metáfora que llevamos de plaza en plaza, que en esta última está la cabeza de la ciudad, en estrecha unión, pero muy diferente de las ya vistas, el cuerpo que hemos puesto en la plaza Mayor y el corazón en Zocodover.

Las principales sedes institucionales ven cómo pasa junto a ellas, ceñida a la portada triple de la catedral, la mejor procesión que enseña al Corpus Christi en su día, en un viril brillante de oro y piedras preciosas portado y protegido por la custodia de plata sobredorada y enjoyada, más deslumbrante desde su reciente restauración. Pasa la custodia bordeando la torre menor, detrás de cuyos muros está la capilla mozárabe, el espacio destinado a celebrar la misa mozárabe, el rito que mejor recuerda en Toledo al

cardenal Cisneros, cuyo centenario cumple este año. Un arzobispo que enriqueció nuestro patrimonio toledano con monumentos arquitectónicos como la capilla, con un patrimonio mueble como la magnífica custodia y con otro patrimonio inmaterial esencialmente toledano, la pervivencia del rito mozárabe que tan particularmente caracteriza a nuestra ciudad frente al resto del orbe católico. Al pie de esta torre nuevamente los integrantes de la procesión giran y se acercan, ya casi con prisas, de vuelta a la Puerta Llana para que el Santísimo Sacramento recupere el cobijo del templo y finalice su recorrido.

Toledo está hecho para acoger y disfrutar la procesión. Parece especialmente diseñada para que la procesión y los espectadores se encuentren bajo todas las formas y espacios posibles: Calles llanas y anchas donde moverse con comodidad y prestancia; curvas sinuosas y recodos para disfrutar tan solo de una parte, de un fragmento de procesión que gana en presencia por presentarse solo. Las perspectivas largas de calles rectas, donde un repecho en el extremo permite una visión resaltada de cada elemento. Las plazas que se colmatan de público deseoso de verla desde todos los ángulos, o los callejones y estrechamientos donde, junto a la custodia, apenas cabe una hilera de público en sus costados. Todo punto de vista, todo posible acercamiento y disfrute de la procesión tiene su espacio en Toledo. Y en Toledo está la mejor custodia que un cabildo catedralicio pudiera llegar a tener nunca para procesionar la Sagrada Forma, el Corpus Christi. Desde el momento en que la Iglesia Católica decidió sacar en procesión al Santísimo, en Toledo y en sus calles hubo fiesta y la ciudad hoy sigue ofreciendo su delicioso recorrido urbano como lo ha hecho durante siglos.

Toledo es una ciudad con suerte, pues viene otro Corpus. Vamos a disfrutarlo.

Gracias.

Julio Porres de Mateo

En Toledo, en el Teatro de Rojas, la tarde del siete de junio de 2017.